

Nuestra protesta

Aunque han trascurrido tres semanas desde que un diario local quiso manchar con su terrestre boba la pureza immaculada de Nuestra Madre y Señora la Santísima Virgen, negó la existencia de Dios y otros ultrajes y groserías a lo más santo y Divino de Nuestra sacrosanta Religión y al cuerpo social de la Iglesia; aunque se ha dicho cuanto puede decirse en honor de los ofendidos y se ha condenado esa conducta infame de quienes debieran siquiera respetar las ideas religiosas de sus conciudadanos, pues para eso enarbolan la bandera de la Libertad, nuestra pluma no puede dejar de unir su protesta a los que noble y cristianamente han protestado con procaz conducta entonando, con casi toda Cartagena, un cántico de amor y veneración a quienes la Creación entera saluda constantemente, rindiéndoles el tributo de leal cariño y agradecimiento a que tienen derecho.

Hacemos extensiva esta protesta a otros libelos locales que valiéndose de la impunidad que gozan los periódicos de su calaña en estos progresivos tiempos, se solazan en mortificar a los católicos y profanar y burlarse de lo más sagrado y respetable.

El mejor procedimiento

Hay que combatir a la impiedad, es preciso atacar a la mala prensa: esa y otras frases nacidas en un espíritu sinceramente católico ante la procazidad de los enemigos, las escuchamos y decimos a diario varias veces y sin embargo o nada se hace o se trabaja en tal forma que a pesar de los esfuerzos no se tocan los resultados prácticos de nuestras campañas.

A mi juicio, la ineficacia de nuestras propagandas se debe a la manera de hacerlas, digna de adversarios distintos de los que tenemos: creer es posible discutir con gentes que sustituyen las razones y argumentos por injurias e insultos, que hallan en la calumnia auxiliar poderosísimo para desprestigiarlos, sin que la conciencia les remuerda, y que tratan de sustituir la fuerza de la razón por la razón de la fuerza, es perder el tiempo y la paciencia, es poner tentamente en prensa el ingenio para tratar de convencer a personas que cuando no tengan qué oponer, contestarán una grosería y se quedarán tan orgullosos de habernos confundido.

Además, aun suponiendo que como resultado de la polémica periodística o de la controversia oratoria resultase patente e indisputable la derrota de los sectarios, como están acostumbrados a ella, no les hace efecto, pues saben que

para seguir engañando incautos no hace falta saber, sino el leahogo incalificable de esos ignorantes pedantes y cínicos que, siendo la hez de las Universidades, si por ventura las pisaron, no vacilan en calificar de inculto al mismo Menéndez Pelayo si se opone a sus necias predicaciones.

De la discusión con los radicales jamás saldrá la luz, porque la aborrecen; así es que no pretendamos atraerlos por ese camino: tampoco intentemos captarnos sus simpatías a fuerza de beneficios, pues son tan ingratos que creen ver en el favor una demostración de debilidad, y en lo que es el cumplimiento del precepto cristiano «hacer bien a los enemigos» se figuran ver el lazo de una intriga para cazarlos.

Ya que quieren lucha con nosotros, luchemos y ya en este caso ataquémosles por el único sitio sensible que poseen, el bolsillo. Nos molesta un periódico impío con sus horribles blasfemias y queremos castigarlos, pues bien, nada sentirá tanto como el que no lo compramos, que exijamos a los que dependen de nosotros no lo compren y roguemos a nuestros amigos hagan lo propio. Más aún ¿sabemos se anuncia en él determinados establecimientos? pues guerra a ellos en tanto no le retiren el anuncio; ¿sabemos se le recibe en comercios que frecuentamos?, pues desaparezcamos de ellos en tanto no expulsen al diario o semanario que tratamos de combatir.

Labor de hombrísima trascendencia para la causa cristiana sería el que los católicos procurasen que su dinero no fuese directamente a llenar las cajas sectarias; esta resolución traería dos ventajas; la de que favoreceríamos a los industriales, comerciantes o trabajadores de nuestras ideas y la de que no fomentaríamos el tesoro de los que lo dedican a combatirnos, esto sin contar con que serían muchos los que vendrían a nuestro campo en busca de protección al sentir esta implacable hostilidad.

Las señoras pueden desempeñar en esa campaña papel principalísimo: ellas tienen la dirección de la casa y son las que generalmente eligen los establecimientos de que han de aprovisionarse ¿por qué no han de escoger los que sienten y piensan como ellas en lugar de los que ultrajan nuestra fe con sus alardes de impiedad? Para llevar a cabo lo que propongo, no hacen falta juntas, ni reuniones ni acuerdos, que en general no suelen cumplirse: basta con que cada señora en su casa coja un periódico católico, y diga: entre los que aquí se anuncian estarán mis proveedores todos; y lo cumpla fielmente al par que anima a sus amigas a hacer lo propio.

Los resultados que con esto se lograrían serían verdaderamente mara-

villosos y aún mejores si con hermosa independencia cristiana esas señoras contestasen a los que les preguntaran por qué dejaron de frecuentar su comercio, «porque no quiero favorecer con mi dinero a los que son suscriptores o acaso redactores de diarios que escarnecen mis creencias y en cambio quiero proteger a los que se han de invertir bien las ganancias que mis compras les producen.»

A las damas de la Buena Prensa brindo esta idea antiquísima, pero cuyos frutos no se han gustado porque no se han puesto en práctica: creedme, al impío le duele más que nada, dejar de ganar pesetas, ya que al fin y al cabo es el dinero el único dios en que cree y el que acaso ha vendido su conciencia, que no quiere ser católica porque las máximas de la religión le estorban para su negocio.

R. M. B.

La verdadera libertad consiste en dejar obrar libremente el bien, haciendo callar a los que coaccionan, ridiculizan o impiden que el bien se propague o realice.

Libertad para el mal no es libertad; es libertinaje.

Don Quijote y Sancho Panza

Hay quien, lenguaje franco,
«El manco» a Cervantes nombra;
su libro, que al mundo asombra,
prueba bien que no fué «manco».
De aquel ingenio fecundo
aún saca el mundo su escote;
que sigue cruzando el mundo

«D. Quijote»

Aun si pasamos revista
hallamos en senda igual
en pos del hombre ideal
al hombre materialista.
Para que escudero lleve
quien a aventuras se lanza,
señores, aun vive y bebe

«Sancho Panza.»

Ese que, a fines inciertos,
de un político sistema
corre siempre con el tema
de defacador de entuertos;
soñando con seriedad
que ya de su pluma al boté
se cambia la sociedad...

«D. Quijote»

Aquel que discurre un poco
y que, sin ser nada lerdo,
se olvida al fin de que es cuerdo
por la promesa de un locot
y que en política otorga
y niega con el que alcanza
que le ha de llenar la andorga

«Sancho Panza.»

E. B.

Nada más fácil que impedir a un asno que rebuzne. Basta atarle con un cordelito el rabo a la pata, y así no pudiendo alzar el rabo, tampoco puede rebuznar.

A SANCHO PANZA

Como estás, Sancho Panza, acostumbrado a comerte la alfalfa en un momento, poco a poco, con paso tardo y lento en un pollino vil te has transformado.

Si ese pienso no fuese de tu agrado haré yo que te añadan de alimento sigarobas y paja en condimento y hallarás muy sabroso ese bocado.

Cuando algo te sobre de tu comida no olvides que esperan tus camaradas que también como tú tienen su vida y pronto responden a tus pitadas con rebuznos a gusto de tu medida y alzando sus patas muy bien herradas.

PÍNDARO.

Hay que emprender una campaña vigorosa contra la prensa impia y contra sus anunciantes.

Hay que persuadirse que el católico que compra en los establecimientos que favorecen a la prensa impia incurren en tremenda responsabilidad como cristiano y como ciudadano.

Brindamos la idea, que aunque vieja es siempre nueva, a las señoras de Cartagena.

Estudios Sociales

Hoy se legisla sobre todo, menos sobre lo más urgente. Se legisla sobre los bozales de los perros, y no se legisla sobre los bozales que se debieran poner a los blasfemos.

Se legisla sobre los cordones sanitarios en tiempo de epidemia, y no se legisla sobre el acordamiento de las almas, en tiempo oportuno para librarlas de los contagios del error y la maldad.

Se legisla sobre el corte del sable y de la espada que empuñan los guerreros, y no se legisla sobre el corte y la punta de las espadas y sables y cuchillos y puñales de acero que manejan los rufianes y asesinos literarios de la prensa periódica y no periódica.

La prensa sectaria, impia e impudica, a la vez que taja la espada de dos filos, que de un golpe derriba la vergüenza y el sentido común en el alma, es el árbol maldito de Dios, que cubre con su sombra mortífera el universo. Árbol que levanta sus ramas hasta los cielos, mas no para bendecir, sino para insultar a Dios; árbol cuyas raíces toman sus jugos de las profundidades del averno, que brota en el seno de las más abyectas pasiones, que tiene por savia el virus de todos los vicios y de frutos emponzoñados, aunque sabrosos al paladar corrompido; árbol cuyas hojas infinitas, arrojadas a los cuatro vientos por el huracán de los más sórdidos intereses, envenenan la atmósfera, enflaquecen y paralizan y matan a los inocentes que de ellas se alimentan.